

Resumen del pensamiento del autor

Ortega y Gasset es el filósofo español más representativo. Realizó una verdadera renovación de la filosofía y de algunos géneros literarios, ya que, debido a las circunstancias españolas, se vio obligado a plasmar gran parte de su pensamiento filosófico en artículos de periódico y ensayos.

Crítica al idealismo y al realismo

Si bien su primera formación filosófica fue kantiana, el desarrollo de su filosofía lo llevó, en primer lugar, a una crítica del idealismo, aunque también del realismo. Ortega parte de una tesis a medio camino entre el idealismo y el realismo. Acepta que, según el idealismo, las cosas no son independientes del sujeto. En el conocimiento de las cosas, es necesaria la intervención activa del sujeto, pero, por otro lado, carece de sentido afirmar que el sujeto es independiente de las cosas, tesis que se rechaza desde el realismo. Dicho de otra manera, no se puede hablar de las cosas sin un «yo», pero tampoco se puede hablar de un «yo» sin las cosas.

No existe un sujeto aislado, sino siempre entre las cosas, haciendo algo con ellas. Y ellas, las cosas, solo tienen sentido en cuanto que están relacionadas con el sujeto. Las cosas y el yo están íntimamente unidos, y si yo necesito a las cosas, las cosas también me necesitan a mí. Aquí radica su crítica al idealismo, el yo es necesario para la comprensión de la realidad, pero no es la realidad primaria ni la más importante.

La vida como realidad radical

Este punto de partida lleva a Ortega al concepto de «vida» (igual que Nietzsche), pero recalca que el término «vida» no tiene un sentido biológico, sino en tanto que vida humana, vida de cada uno, en tanto que biografía. La vida así concebida es la **realidad radical**, el fundamento de cualquier otra realidad, ya sea el sujeto del idealismo o las cosas del realismo.

Ahora bien, el ser humano está rodeado de cosas y situaciones, no solo físicas, sino también de lo histórico o lo espiritual. El «yo» no es el sujeto inmutable y aislado del idealismo, sino que se constituye en su relación con las cosas, con su **circunstancia**. Esto es lo que Ortega reconoce en su frase «Yo soy yo y mi circunstancia».

El perspectivismo orteguiano es el resultado de entender al yo inmerso en la circunstancia, pues esta determina su modo de conocer el mundo, las cosas. Cada uno de nosotros se forma una imagen de la realidad desde su **perspectiva**, y la suma de las diversas perspectivas conforma la verdad en su totalidad. La realidad no se reduce, pues, a un solo punto de vista. Pero esto no significa caer en el relativismo, pues todas las perspectivas son necesarias para comprender el mundo.

Así pues, la realidad radical para Ortega es «nuestra vida», la de cada uno en particular. Somos circunstanciales en la medida en que desarrollamos nuestra vida en relación con lo

Realidad radical. Ortega dice que la realidad radical es nuestra vida. Radical no quiere decir «única», ni «la más importante», quiere decir simplemente realidad en la que radican, están o arraigan todas las demás cosas. Solo tiene sentido e importancia aquello que se encuentra en mi vida; dicho de otro modo, mi vida es lo que da sentido a la realidad, y esta solo resulta Inteligible desde mi vida.

Circunstancia. El sujeto se encuentra frente a una realidad que limita su posibilidad de hacerse a sí mismo (el sujeto es un proyecto) y establece la peculiar manera de cada cual de relacionarse con el mundo. Esta realidad es la circunstancia. El sujeto no es, por tanto, el yo aislado y fijo del racionalismo, sino que se constituye en su relación con la circunstancia.

Perspectiva. Es la forma que adopta la realidad para el sujeto, sin caer por ello en el subjetivismo; esto es, cada sujeto tiene su propia forma de acceder a la realidad, su propia «verdad», pero todas esas visiones son verdaderas. La verdad absoluta es la suma de las perspectivas Individuales, que, por eso mismo, son verdaderas parcialmente.

que nos rodea. No hay nada fijado ni absolutamente determinante. Yo elaboro y trabajo mi vida, mi proyecto humano. La circunstancia por sí misma no es nada, solo adquiere sentido cuando se relaciona con el yo humano que la vive. No tienen razón aquellos que piensan que todo está determinado y que somos muñecos en manos del destino.

El sentido filosófico de la vida

La vida siempre es un proyecto, un proyecto que está en proceso, pues la vida no está hecha, sino que hay que hacerla. El ser humano debe establecer lo que va a ser su vida. Nada está determinado. La libertad del individuo se reconoce en las posibilidades y circunstancias a partir de las que puede construir su vida. Vivir es un vivir exclusivo de cada cual, y nuestro mundo no es más que lo que vivimos en cada momento. Vivir es, ante todo, encontrarse y relacionarse con ese mundo.

Tengo, pues, libertad para hacer mi vida. Es más, como la vida no está hecha no puedo dejar de ser libre. La libertad consiste en la elección forzosa entre las posibilidades que tengo. El ser humano es constitutiva y necesariamente libre, pero esto no significa que sea libre del todo y para siempre; en cada momento y en cada situación tenemos que decidir entre las posibilidades que nos presenta la circunstancia en la que nos encontramos.

En ese proceso de elección, el hombre puede hacerse cargo de sí mismo y cumplir con su vocación, con su proyecto vital, y llevar una existencia auténtica, o abandonar su responsabilidad y caer en la inautenticidad.

Razón vital y razón histórica

Si hemos dicho que la vida es proyecto, esto significa que la vida de cada ser humano se desarrolla en la historia. La vida del ser humano es, por tanto, histórica, es decir, reconocemos que tenemos un tiempo, que pasamos un tiempo, o que somos **temporeidad**. Esto significa que no podemos pensar abstractamente, sino en el tiempo que nos ha tocado vivir.

Por eso, la razón de tipo matemático, la razón pura no es capaz de pensar la realidad humana. Necesitamos la razón vital, una razón rigurosa que sea capaz de aprehender la realidad temporal de la vida. La razón vital es igual que el vivir, es una misma cosa. Vivir es entender mediante la razón la circunstancia en la que nos ha tocado vivir.

El vivir del sujeto no es individual, sino social, colectivo. Ortega utiliza el concepto de «**generación**» para explicar que pertenecemos a un grupo de convivencia que se desenvuelve en un momento histórico-cronológico determinado. La sociedad transmite a los individuos un cuerpo de creencias, instituciones, normas morales o religiosas, etc., que todos los que pertenecen a una misma generación comparten.

En cada generación, los individuos, o bien pertenecen a la masa o bien a la minoría selecta, que es la que tiene opinión propia. La «rebelión de las masas» se produce cuando la élite pierde su capacidad de orientar a las masas, causa por la que la sociedad entra en crisis al carecer de liderazgo.

Temporeidad. La sustancia de (a vida es el tiempo. Venimos de un pasado, vivimos en un presente y trabajamos por un futuro. Ortega, en este sentido, es heracliteano, es decir, cree en el movimiento y en que la vida no es algo estático, sino dinámico, y va cambiando con las decisiones de los seres humanos. Nosotros, cuando venimos a la vida, no nacemos aislados, sino que somos herederos de un pasado que no podemos evitar, por eso decimos que somos historia. Una historia que se desarrolla en un presente en el que chocan el pasado y el futuro del hombre, lo que ha sido y lo que pretende ser.

Generación. Es la unidad concreta de la cronología histórica. Dicho de modo más simple, la historia camina y procede por generaciones. Todos los miembros de la misma generación están conectados por vivir en un mismo tiempo y con las mismas circunstancias históricas, aunque no personales. Cada generación está determinada por una fecha central y constituida por un grupo de fechas de quince años.

El texto y el autor

El tema de nuestro tiempo fue escrito por Ortega en 1923- Él mismo observa un poco después que, si bien el título es muy solemne, con él quiere plantear la sustitución de la razón pura por la «razón vital». En esta obra, no obstante, aparecen otros temas clásicos en la filosofía de Ortega como son la teoría de las generaciones, el concepto de «perspectiva», la crítica al idealismo y también a la Modernidad.

Ortega parte en esta obra de la situación europea y de la idea de crisis cultural que ya se había establecido en Europa. Él observa que Europa ha perdido el rumbo en relación a la cultura y a la vida: existía una excesiva adoración de la cultura y, por el contrario, una exagerada relegación de la vida. La pretensión de Ortega es encontrar el valor intrínseco de la vida.

Esta búsqueda no puede ser individual, sino colectiva; más bien, generacional. Ortega dice que su época es una época juvenil, de construcción de conceptos. Esos nuevos conceptos donde más pronto brotan es en la ciencia y en la filosofía. Por eso, al filósofo le toca marcar el cambio de rumbo en la vida. Ahora, el **culturalismo** (uso y abuso de la cultura frente a la naturaleza, la vida) debe ser sustituido por el vitalismo y el perspectivismo.

Ortega es optimista, ya que piensa que en ese momento se puede revalorizar lo vital y luchar contra las dos actitudes filosóficas que más daño han hecho a la vida: el relativismo y el racionalismo. El **relativismo** acepta que el ser humano es la medida de todas las cosas, pero al ser tan flexible y maleable, al defender la teoría del «todo vale», cae en el escepticismo y pierde interés por la verdad. El racionalismo, por el contrario, quiere encontrar una verdad tan absoluta que anula la vida, al reconocerla como aparente e irreal. El escepticismo salva la vida, pero pierde la razón; el racionalismo salva la razón, pero pierde la vida.

Ahora ha llegado el momento de la razón vital. Cultura y vida deben relacionarse mucho más intensamente. La vida es biológica, pero también espiritual o cultural. Por eso, la vida humana debe ser culta, pero también la cultura debe ser vital. Cada cultura debe asumir las perspectivas de todas las vidas de los individuos. Cada vida es un punto de vista sobre el mundo. Cada persona, cada pueblo, es un aspecto más de la verdad, y sin la suma de todos estos aspectos o perspectivas la verdad es insuficiente. La verdad adquiere una dimensión histórica y vital.

Ortega defiende que no existe un punto de vista objetivo, ni siquiera Dios ofrece un punto de vista neutral. Dios es también un punto de vista, no un punto de vista racional, sino la suma de todos los puntos de vista individuales. La faena, el trabajo, el tema de nuestro tiempo, al no ser nosotros dioses, es ser fieles a nuestra vida, tener una existencia auténtica con la que sumar cada una de las perspectivas vitales para alcanzar, de este modo, la verdad integral.

Culturalismo. Teoría que sostiene la prioridad de la cultura sobre la naturaleza, porque la cultura adjudica valores a las cosas. Por ello, el mundo de la cultura es el mundo por excelencia del ser humano. Lo que caracteriza, por tanto, al ser humano no es la naturaleza, ni la vida, sino la cultura y el espíritu.

Relativismo. Básicamente, tiene dos significados. Teoría epistemológica que niega que haya verdades absolutas. Más bien, todas las verdades son relativas al sujeto y a las circunstancias o condiciones en las que aparecen. Teoría ética que afirma que no podemos decir de ninguna acción que sea buena o mala absolutamente. La bondad o maldad de los actos depende de las circunstancias, de las condiciones o de los momentos en los que se realizan.

El texto en el contexto filosófico

Las referencias filosóficas de Ortega son, fundamentalmente, Kant, Nietzsche y Dilthey. Si en Kant la razón sustituía a la vida y en Nietzsche, más radical, la vida sustituía a la razón, en Ortega encontramos una razón que es la función vital y espontánea de los seres humanos, y que se realiza en la historia.

Ortega no va contra la razón, sino contra el racionalismo. La crítica a Kant se concentra no en la razón, sino en la «razón pura», que se aparta y se independiza de la vida. La razón no puede estar al margen de la vida, ya que esto la convertiría en irracional. Ortega, por el contrario, inventa el «racio-vitalismo». El **raciovitalismo** es la doctrina de la razón vital, y, por un lado, evita la reducción a la razón pura, sin el concurso de la vida, y, por otro, esquiva la exagerada exaltación nietzscheana de lo instintivo, sin la razón.

Así, aunque recibió la influencia de Nietzsche, Ortega no admitió que lo clasificaran como vitalista. En ninguna parte de su filosofía aceptó que todo lo humano pudiese reducirse a vida biológica ni tampoco desvalorizó la razón en favor de los instintos. Por el contrario, con su apelación a la vida como realidad radical, se acerca a Dilthey y a Heidegger. El ser humano no es naturaleza, sino historia; dicho de otro modo, el ser humano no es, sino que se hace. Somos lo que hacemos, y nos pasa lo que nos constituye.

Con estas ideas, Ortega se acerca más a los **existencialismos** que a los vitalismos. Vivir es encontrarse con el mundo, tener una existencia entre las cosas, ocupándose de ellas y dándoles a cada una finalidad práctica en conexión con nuestra existencia. El ser humano es un proyecto (una esencia) que se desarrolla en la historia (existencia).

En cuanto a la repercusión del pensamiento de Ortega en otros filósofos, es tan profunda que la mayor parte de la filosofía contemporánea española es deudora suya. Uno de sus mejores discípulos, Julián Marías, habla de una Escuela de Madrid, que lo tiene como maestro. A esta escuela pertenecen, entre otros, Manuel García Morente, José Gaos, Xavier Zubiri o María Zambrano. Todos ellos están preocupados por sacar a España de su atraso, por darle una educación a nivel europeo y por reflexionar sobre el carácter «invertebrado» de España.

Ortega es de los primeros que se da cuenta de que España debe tener un proyecto común con Europa, aunque la Guerra Civil hizo que todos estos intentos fuesen condenados al fracaso. España se encerró en sí misma y la mayoría de estos pensadores tuvieron que marchar al exilio.

La actualidad de estos problemas es evidente. Todavía el concepto de «España invertebrada» está sin resolver. La crítica de Ortega a esta ideosincracia española pone en evidencia el «nivel de nuestro radicalismo», que impide, en numerosas ocasiones, un entendimiento común aceptando las diferencias existentes.

Raciovitalismo. Pretende ser un punto intermedio entre el racionalismo y el vitalismo. Reconoce el valor de la razón, pero la pone en relación con la vida. Vivir no es más que razonar ante las circunstancias de la vida en las que nos desenvolvemos. Por eso, la razón siempre tiene que ir ligada a la vida. La razón vital, dice Ortega, «es una y misma cosa con vivir». Solo cuando vivimos una vida que nos hace comprender y da sentido a lo que nos rodea y con lo que nos relacionamos se puede decir que es razón vital.

Existencialismo. El ser humano no es una realidad fija, una sustancia, sino que es un ser existente, y en cuanto tal no está constituido definitivamente desde su origen, sino que se va construyendo a sí mismo. Por tanto, el ser humano no es una idea, inmutable y trascendente, como en Platón, ni una conciencia, aislada y fija, como en la Modernidad, sino un proyecto.

6. Guía de lectura

De *El tema de nuestro tiempo*

En *El tema de nuestro tiempo*, Ortega llama a una renovación en filosofía que supere el abismo entre razón y vida. Implícitamente este libro está ligado a su sentimiento de que España se encontraba en un estado de coma, y que tal situación exigía una misión intelectual que toda Europa anticipaba, y que Ortega reconoce como *El tema de nuestro tiempo*. España se aferraba a los jirones de la tradición, los españoles se habían abandonado a existir en una mezcolanza de ideas y formas de vida caducas y formalistas. El resultado era una nación de hombres y mujeres que se comportaban igual que sus abuelos.

El primer capítulo de esta obra es un esbozo de su teoría de las "generaciones". Sostiene que sus coetáneos generacionales estaban destinados a acabar con esa situación de *muerte clínica* en la que se encontraba España. Ortega empleó una dudosa combinación aritmética, basada en la unidad generacional de 15 años, para buscar un fundamento "científico" a la tesis de que toda generación representa una cierta altura histórica, que bajo su mandato impone un nuevo imperativo. El ofrece como premisa filosófica para su generación la tarea de sobreponerse a la dicotomía heredada entre el racionalismo desvitalizado y el vitalismo carente de toda inteligencia. El concepto de vida que aparece en esta obra puede interpretarse fácilmente de una forma biologicista. Pero hay que descartar esta falsa ilusión y decir que la aventura de la vida ha de afirmarse a sí misma como más vida, sin caer en el desorden irracional de pasiones o deseos animales. En el capítulo final "La doctrina del punto de vista", mantiene nuestro autor que cada hombre y cada pueblo debe llegar a la verdad a su propia manera. Desde el momento en que no existe un camino preestablecido, ni ninguna verdad objetiva trascendente que deba ser conocida independientemente del sujeto del conocimiento, cada proyecto revela una faceta más de la verdad total, que finalmente será percibida sólo gracias a una yuxtaposición de todas las perspectivas. Esta suma general puede ser Dios, quien "goza de todos los puntos de **vista** y en su ilimitada vitalidad recoge y armoniza todos nuestros horizontes". Por eso, Dios *Ve* las cosas a través de los hombres, que los hombres son los órganos visuales de la divinidad".

El pensamiento está ligado a las prioridades pre- y extraconceptuales de la vida de cada uno; pero la vida de cada uno tampoco se puede entender sin el pensamiento de cada uno. En 1923, el concepto de razón vital, si bien todavía somero, comenzaba a perfilarse como la piedra angular sobre la que Ortega llevará a cabo la renovación de la razón humana, el cambiar la razón pura por una razón que surge por y para la vida, la "Razón vital".

El tema de nuestro tiempo cierra la etapa que hemos denominado "perspectivismo" y abre la nueva etapa del raciovitalismo. El objetivo último de esta obra era superar el racionalismo, y en este intento va a estar a la altura de los principales pensadores europeos, separándose de sus maestros neokantianos. La cultura es función de la vida. Los valores de la cultura son la ciencia, el arte, la justicia. Son los valores de la razón. No se trata de eliminar a la razón, sino de negar su exclusividad: "el hombre del presente desconfía de la razón... No niega la razón, pero reprime y burla sus pretensiones de soberanía". ¿Es esto vitalismo? Tampoco podemos entender una vida sin razón, no en el ser humano (lo desarrollamos en el apartado de la teoría referido a la etapa raciovitalista de Ortega. Al principio de éste realizamos una revisión a la crítica que hace tanto al racionalismo como al vitalismo). En la tercera edición de *El tema de nuestro tiempo* se incluye dentro de sus apéndices el ensayo *Ni vitalismo ni racionalismo*, publicado en la *Revista de Occidente*, en octubre de 1924. Sin duda, en esta obra está ya, aunque sólo sea en germen, planteado el tema

del raciovitalismo, verdadero foco de referencia de toda la producción posterior de Ortega y con el que cobra unidad y un carácter orgánico toda su obra.

**Esquema del capítulo "La doctrina del punto de vista",
de *El tema de nuestro tiempo***

1. Es preciso efectuar una síntesis de "cultura" y "vida", donde ambas puedan fundirse.
2. La filosofía moderna nos ofrece dos formas de entender las relaciones entre "cultura" y "vida":
 - a) Racionalismo: Niega todo sentido a la vida.
 - b) Relativismo: Niega el valor objetivo de la cultura.Ambas mantienen una ceguera complementaria.
- 2.1. En lo que respecta al conocimiento:
 - a) El racionalismo: afirma la existencia de verdades únicas e invariables. La verdad es ultravital, extrahistórica, no admite la participación del sujeto.
 - b) El relativismo: es imposible un conocimiento verdadero. Todo conocimiento está deformado por el sujeto que conoce.
3. El perspectivismo. En la actualidad y desde distintos campos parece existir un tercer planteamiento ante esta cuestión. Según este planteamiento el sujeto tendría una función selectiva:
 - 3.1. Ejemplo: visión y audición.
 - 3.2. Aplicación al tema de la verdad. Cada individuo, cada pueblo, cada época tienen su porción de verdad, su perspectiva.
(Ejemplo del paisaje.)
 - 3.3. Cada ser humano tiene un punto de vista distinto de la realidad.
 - 3.4. La pluralidad de puntos de vista no implica la falsedad de éstos.
 - 3.5. La perspectiva, el punto de vista, es un componente de la realidad.
 - 3.6. Un punto de vista arquetípico, un punto de vista abstracto, es sencillamente absurdo.
 - 3.7. Importancia en la filosofía de este nuevo planteamiento del problema del conocimiento.
 - 3.7.1. Cada vida es un punto de vista sobre el Universo. No existe la verdad abstracta independiente del sujeto.
4. El error ha consistido en creer posible un punto de vista "desde lugar ninguno", una "perspectiva no localizada", una verdad absoluta, una realidad sin sujeto, sin vida. Este es el error: La utopía racionalista.
 - 4.1. La filosofía ha sido "utópica", al utilizar una "Razón Pura", descarnada del sujeto y de la vida.
 - 4-2. Es preciso sustituir esta "Razón Pura" por una "Razón-vital" (raciovitalismo)
 - 4-3. Ejemplo de la "concepción utópica" aplicada a la pintura de los pintores del Cuatrocento. Nos reflejan un mundo que pretenden anónimo, una supuesta mirada abstracta, arquetípica.
 - 4-4. Las filosofías pasadas caen en este error: han confundido su horizonte con el mundo; el haber concebido que su perspectiva era la acertada, la única y absoluta.

5. La verdad integral.
 - 5.1. Es preciso hacer notar que cada individuo es un punto de vista de la realidad universal, que cada individualidad es irrepetible e insustituible.
 - 5.2. La verdad sólo puede surgir de la yuxtaposición de todas las perspectivas individuales. (La tolerancia es una actitud muy próxima a este planteamiento; el dogmatismo sería lo más parecido al utopismo de una verdad absoluta.)
6. Dios es también un punto de vista.
 - 6.1. Es preciso invertir el aforismo de Malebranche y afirmar: "Dios ve las cosas a través de los hombres". De esta forma el ser humano no puede renunciar a su destino de verdad, a su misión de filtrar la realidad a través de nuestra irrepetible circunstancia vital.

Esquema de *Ni vitalismo ni racionalismo*

1. Necesidad de un mayor rigor, precisión y nivel de abstracción en la filosofía. La filosofía hasta ahora no ha sido filosófica.
 - 1.1. Ejemplo de lo que venimos diciendo en palabras de Nietzsche. Los pensamientos se cazan en las alturas, en las cumbres a las que llegan pocos. Desde las laderas sólo podemos vislumbrarlos muy toscamente.
2. Hay que precisar qué entendemos por vitalismo.
 - 2.1. El término vitalismo tiene multitud de significados. Por esto es necesario que Ortega precise lo que él entiende por vitalismo cuando lo alude dentro de su sistema filosófico.
 - 2.2. Sentidos del término vitalismo.
 - a) Como Teoría Biológica:
 - 1.² Vitalismo biológico.
 - 2.^o Biologismo.

No son aplicables a la filosofía.
 - b) Dentro de la filosofía se entiende por vitalismo:
 - 1.² La reducción a lo puramente biológico.
 - 2.^o El intuicionismo: la vida posibilita una relación cognoscitiva frente al método racional (Bergson).
 - 3.^a La inseparabilidad entre vida y razón. No hay más teoría que la teoría racional, pero la razón no puede entenderse sin la vida (ésta es la opción de Ortega).
3. Crítica dirigida al racionalismo. Es preciso criticar el racionalismo para defender la razón. Al igual que antes ha criticado al vitalismo a secas para defender la vida.
 - 3.1. Crítica al racionalismo de Platón. Conocer consiste en superar las apariencias y con la razón descubrir los últimos elementos. Definir es descomponer un compuesto en sus últimos elementos (análisis).
 - 3.1.1. Pero he aquí la contradicción que incuba la propia razón: cuando llegamos a los últimos elementos (tras la labor de análisis), la intuición o no los puede conocer (ya no es posible descomponerlos) o los conoce de una forma no racional.
 - 3.2. Crítica al racionalismo de Leibniz. El racionalismo de Leibniz también es susceptible de la misma crítica: cuando llegamos a los elementos últimos,

Texto comentado

El terna de nuestro tiempo

LA DOCTRINA DEL PUNTO DE VISTA

- Contraoponer la cultura a la vida y reclamar para ésta la plenitud de sus derechos frente a aquélla no es hacer profesión de fe anticultural. Si se interpreta así lo dicho anteriormente, se practica una perfecta tergiversación. Quedan intactos los valores de cultura; únicamente se niega su exclusivismo. Durante siglos se viene hablando exclusivamente de la necesidad que la vida tiene de la cultura. Sin desvirtuar lo más mínimo esta necesidad, se sostiene aquí
- 5
- 10 que la cultura no necesita menos de la vida. Ambos poderes —el inmanente de lo biológico y el trascendente de la cultura— quedan de esta suerte cara a cara, con iguales títulos, sin supeditación del uno al otro. *Este trato leal de ambos permite plantear de una manera clara el problema*
- 15 *de sus relaciones y preparar una síntesis más franca y sólida.* Por consiguiente, lo dicho hasta aquí es sólo preparación para esa síntesis en que culturalismo y vitalismo, al fundirse, desaparecen.

- Recuérdese el comienzo de este estudio. La tradición
- 20 moderna nos ofrece dos maneras opuestas de hacer frente a la antinomia entre vida y cultura. Una de ellas, el racionalismo, para salvar la cultura niega todo sentido a la vida. La otra, el relativismo, ensaya la operación inversa: desvanecer el valor objetivo de la cultura para dejar paso
- 25 a la vida. Ambas soluciones, que a las generaciones anteriores parecían insuficientes, no encuentran eco en nuestra sensibilidad. Una y otra viven a costa de cegueras complementarias. Como nuestro tiempo no padece esas obnubilaciones, como se ve con toda claridad el sentido
- 30 de ambas potencias litigantes, ni se aviene a aceptar que la verdad, que la justicia, que la belleza no existen, ni a olvidarse de que para existir necesitan el soporte de la vitalidad.

- Aclaremos este punto concretándonos a la porción mejor definible de la cultura: el conocimiento.
- 35

- El conocimiento es la adquisición de verdades, y en las verdades se nos manifiesta el universo trascendente (transubjetivo) de la realidad. Las verdades son eternas, únicas e Invariables. ¿Cómo es posible su insaculación dentro del
- 40 sujeto? La respuesta del racionalismo es taxativa: sólo es posible el conocimiento si la realidad puede penetrar en él sin la menor deformación. El sujeto tiene, pues, que ser un

Comentario

Aquí Ortega aclara que la vida no es algo opuesto a la cultura, como se había venido pensando. Ya desde los sofistas se distinguía entre la ley, las costumbres, las convenciones, y la naturaleza, lo que no cambia. La cultura, con Sócrates a la cabeza, ha querido suplantar a la vida. La cultura es lo construido por el ser humano, frente a la vida, que es lo espontáneo, lo instintivo. Parte de la crítica a esta postura venía de Nietzsche. Este autor se quejaba de que la cultura del intelecto abstracto, de Sócrates, había suplantado a los instintos de la vida. Ortega tampoco está de acuerdo con esa distinción: la vida y la cultura se necesitan mutuamente; es más, culturalismo y vitalismo, al relacionarse, se funden y desaparecen. Para Ortega, el tema de nuestro tiempo consiste en conciliar la razón, la cultura, y la vida. Por tanto, ni el racionalismo, que niega la vida, ni el relativismo, que niega el valor objetivo de la cultura, son admisibles.

Comentario

Si nos centramos en el conocimiento, la parte de la cultura mejor definible, señala Ortega, en la historia de la filosofía ha habido, fundamentalmente, dos posiciones que expliquen cómo es posible el conocimiento, la adquisición de verdades: el racionalismo y el relativismo. Él es crítico con los dos, pues ninguno aporta una visión completa de la realidad. El primero porque olvida la vida y la historia (y crea el «yo puro», inventado por la filosofía moderna), y el segundo porque sostiene que el sujeto presenta una visión deformada de la realidad.

Anotaciones

medio transparente, sin peculiaridad o color alguno, ayer igual a hoy y a mañana —por tanto, ultravital y extrahistórico. *Vida* es peculiaridad, cambio, desarrollo; en una palabra: *historia*.

La respuesta del relativismo no es menos taxativa. El conocimiento es imposible; no hay una realidad trascendente, porque todo sujeto real es un recinto peculiarmente modelado. Al entrar en él la realidad se deformaría, y esta deformación individual sería lo que cada ser tomase por la pretendida realidad.

Es interesante advertir cómo en estos últimos tiempos, sin común acuerdo ni premeditación, psicología, «biología» y teoría del conocimiento, al revisar los hechos de que ambas actitudes partían, han tenido que rectificarlos, coincidiendo en una nueva manera de plantear la cuestión.

El sujeto, ni es un medio transparente, un «yo puro», idéntico e invariable, ni su recepción de la realidad produce en ésta deformaciones. Los hechos imponen una tercera opinión, síntesis ejemplar de ambas. Cuando se interpone un cedazo o retícula en una corriente, deja pasar unas cosas y detiene otras; se dirá que las selecciona, pero no que las deforma. Esta es la función del sujeto, del ser viviente ante la realidad cósmica que le circunda. Ni se deja traspasar sin más ni más por ella, como acontecía al Imaginario ente racional creado por las definiciones racionalistas, ni finge él una realidad ilusoria. Su función es claramente selectiva. De la infinitud de los elementos que integran la realidad, el individuo, aparato receptor, deja pasar un cierto número de ellos, cuya forma y contenido coinciden con las mallas de su retícula sensible. Las demás cosas —fenómenos, hechos, verdades— quedan fuera, ignoradas, no percibidas.

Un ejemplo elemental y puramente fisiológico se encuentra en la visión y la audición. El aparato ocular y el auditivo de la especie humana reciben ondas vibratorias desde cierta velocidad mínima hasta cierta velocidad máxima. Los colores y sonidos que queden más allá o más acá de ambos límites les son desconocidos. Por tanto, su estructura vital influye en la recepción de la realidad; pero esto no quiere decir que su influencia o intervención traiga consigo una deformación. Todo un amplio repertorio de colores y sonidos reales, perfectamente reales, llega a su interior y sabe de ellos.

Como con los colores y sonidos acontece con las verdades. La estructura psíquica de cada individuo viene a ser un órgano perceptor, dotado de una forma determina-

Comentario

Frente al sujeto propuesto por la filosofía racionalista, incluido Kant, Ortega propone el ser viviente, que ni es el sujeto «puro» y aislado ni deforma la realidad cuando la percibe, como pretendía el relativismo, sino que selecciona entre la realidad que le circunda (con la " que mantiene una estrecha relación) aquellas cosas que puede captar. El ejemplo que pone el autor de la audición y la visión es claro, ya que no oímos o vemos todo lo que hay, sino solo aquello para lo que nuestros aparatos auditivos y visuales están preparados. Hay colores que no vemos y sonidos que no escuchamos.

Anotaciones

da, que permite la comprensión de ciertas verdades y esta
90 condenado a inexorable ceguera para otras, Asimismo,
cada pueblo y cada época tienen su alma típica, es decir,
una retícula con mallas de amplitud y perfil definidos que
le prestan rigurosa afinidad con ciertas verdades e in-
95 corregible ineptitud para llegar a ciertas otras. Esto signifi-
ca que todas las épocas y todos los pueblos han gozado
su congrua porción de verdad, y no tiene sentido que pue-
blo y época algunos pretendan oponerse a los demás,
como si a ellos solos les hubiese cabido en el reparto la
verdad entera. Todos tienen su puesto determinado en la
100 serie histórica: ninguno puede aspirar a salirse de ella, por-
que esto equivaldría a convertirse en un ente abstracto
con íntegra renuncia a la existencia.

Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el
mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta
105 situación hace que el paisaje se organice ante ambos de
distinta manera. Lo que para uno ocupa el primer término
y acusa con vigor todos sus detalles, para el otro se halla
en el último y queda oscuro y borroso. Además, como las
cosas puestas unas detrás de otras se ocultan en todo o
no en parte, cada uno de ellos percibirá porciones del paisa-
je que al otro no llegan. ¿Tendría sentido que cada cual de-
clarase falso el paisaje ajeno? Evidentemente, no; tan real
es el uno como el otro. Pero tampoco tendría sentido que
puestos de acuerdo, en vista de no coincidir sus paisajes,
115 los juzgasen ilusorios. Esto supondría que hay un tercer
paisaje auténtico, el cual no se halla sometido a las mis-
mas condiciones que los otros dos. Ahora bien, ese paisa-
je arquetipo no existe ni puede existir. La realidad cósmica
es tal, que sólo puede ser vista bajo una determinada
120 perspectiva. *La perspectiva es uno de los componentes de
la realidad.* Lejos de ser su deformación, es su organiza-
ción. Una realidad que vista desde cualquier punto resul-
tase siempre idéntica es un concepto absurdo.

Lo que acontece con la visión corpórea se cumple
125 igualmente en todo lo demás. Todo conocimiento lo es
desde un punto de vista determinado. La *species aeterni-
tatis*, de Spinoza, el punto de vista ubicuo, absoluto, no
existe propiamente: es un punto de vista ficticio y abstrac-
to. No dudamos de su utilidad instrumental para ciertos
130 menesteres del conocimiento; pero es preciso no olvidar
que desde él no se ve lo real. El punto de vista abstracto
sólo proporciona abstracciones.

Esta manera de pensar lleva a una reforma radical de la
filosofía y, lo que importa más, de nuestra sensación cósmi-
135 mica.

Anotaciones

Comentario

Las verdades también, como los colores y los sonidos, son captadas selectivamente por los individuos, y por los pueblos, añade ahora Ortega, y, por tanto, ninguno de ellos puede pretender alcanzar la verdad absoluta. Esto no significa, por otro lado, que ese conocimiento particular sea erróneo, sino que es parcial; cada uno tiene su «congrua porción de verdad». Ortega está presentando una de sus teorías más interesantes: el perspectivismo.

Comentario

El ejemplo del paisaje aclara muy bien esta concepción de la verdad como perspectiva. De un solo golpe destruye el relativismo, porque ambas perspectivas del paisaje, aunque sean diferentes, son reales, no son erróneas, y el idealismo, el racionalismo, que podemos personalizar en Platón, pues no existe una realidad «arquetípica», modélica, trascendente, inmutable, a la que se enfrenta un sujeto, sino que el ser viviente percibe siempre la realidad en perspectiva, desde su punto de vista, y esto porque la realidad es así, no por una deficiencia del ser humano. La crítica a Spinoza no hace más que ilustrar esta idea: no hay una perspectiva absoluta (esto es un contrasentido) que abarque toda la realidad, que, por otra parte, es en perspectiva. El sujeto absoluto y la realidad absoluta son abstracciones.

- La individualidad de cada sujeto real era el indomitable estorbo que la tradición intelectual de los últimos tiempos encontraba para que el conocimiento pudiese justificar su pretensión de conseguir la verdad. Dos sujetos diferentes
- 140 —se pensaba— llegarán a verdades divergentes. Ahora vemos que la divergencia entre los mundos de dos sujetos no implica la falsedad de uno de ellos. Al contrario, precisamente porque lo que cada cual ve es una realidad y no una ficción, tiene que ser su aspecto distinto del que otro
- 145 percibe. Esa divergencia no es contradicción, sino complemento. Si el universo hubiese presentado una faz idéntica a los ojos de un griego socrático que a los de un yanqui, deberíamos pensar que el universo no tiene verdadera realidad, independiente de los sujetos. Porque esa coincidencia de aspecto ante dos hombres colocados en puntos
- 150 tan diversos como son la Atenas del siglo v y la Nueva York del xx indicaría que no se trataba de una realidad externa a ellos, sino de una imaginación que por azar se producía idénticamente en dos sujetos.
- 155 *Cada vida es un punto de vista sobre el universo.* En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo — persona, pueblo, época— es un órgano insustituible para la conquista de la verdad. *He aquí cómo ésta*, que por sí misma es ajena a las variaciones históricas, *adquiere*
- 160 *una dimensión vital.* Sin el desarrollo, el cambio perpetuo y la inagotable aventura que constituyen la vida, el universo, la omnimoda verdad, quedaría ignorado.

- El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma, e independientemente del punto de
- 165 vista que sobre ella se tomara, una fisonomía propia. Pensando así, claro está, toda visión de ella desde un punto determinado no coincidiría con ese su aspecto absoluto y, por tanto, sería falsa. Pero es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva falsa es esa que pretende ser la única. Dicho de otra manera: *lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde «lugar ninguno»*. El utopista —y esto ha sido en esencia el racionalismo— es el que más yerra, porque es el hombre que
- 170 no se conserva fiel a su punto de vista, que deserta de su puesto.

- Hasta ahora, la filosofía ha sido siempre utópica. Por eso pretendía cada sistema valer para todos los tiempos y para todos los hombres. Exenta de la *dimensión vital, histórica, perspectivista*, hacía una y otra vez vanamente su
- 180 gesto definitivo. La doctrina del punto de vista exige, en cambio, que dentro del sistema vaya articulada la pers-

Comentario

Las divergencias siempre se habían explicado como algo contradictorio. Hasta ahora, si dos sujetos tenían diferencias sobre el mundo que percibían, se entendía que una de las dos percepciones era falsa. Lo interesante de Ortega es que acepta las divergencias como puntos de vista distintos, pero necesarios. Si un griego del siglo v a.C. y un español del xxi vieses el mismo mundo, sería una clara señal de que no verían la realidad. La realidad es histórica y, por tanto, se configura con las circunstancias de la historia, de ahí que lo que ven cada uno de ellos sea diferente. Pero, es más, aun siendo los dos coetáneos, del mismo tiempo, verían también cosas distintas, pues sus circunstancias son diferentes.

Comentario

Vuelve a insistir Ortega en el carácter perspectivista de la realidad. La filosofía se ha equivocado al pensar que la realidad era siempre la misma (crítica al realismo); no hay una sola realidad, única y verdadera (del tipo de la platónica), sino que las diferentes perspectivas sobre la realidad son todas ellas verídicas y auténticas. Hasta ahora, dice Ortega, la filosofía ha sido siempre utópica porque pretendía que una realidad, un saber, valiese para todos los tiempos y todos los hombres, olvidando la dimensión histórica y vital del mundo y de la realidad. Como consecuencia, Ortega declara abiertamente que hay que sustituir la «razón pura» (crítica al idealismo y referencia evidente a Kant) por la razón vital.

Anotaciones

pectiva vital de que ha emanado, permitiendo así su articulación con otros sistemas futuros o exóticos. *La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital, donde aquélla se localice y adquiera movilidad y fuerza de transformación.*

Cuando hoy miramos las filosofías del pasado, incluyendo las del último siglo, notamos en ellas ciertos rasgos de primitivismo. Empleo esta palabra en el estricto sentido que tiene cuando es referida a los pintores del *quattrocento*. ¿Por qué llamamos a éstos «primitivos»? ¿En qué consiste su primitivismo? En su ingenuidad, en su candor —se dice—. Pero ¿cuál es la razón del candor y de la ingenuidad, cuál su esencia? Sin duda, es el olvido de sí mismo. El pintor primitivo pinta el mundo desde su punto de vista —bajo el imperio de ideas, valoraciones, sentimientos que le son privados—; pero cree que lo pinta según él es. Por lo mismo, olvida introducir en su obra su propia personalidad; nos ofrece aquélla como si se hubiera fabricado a sí misma, sin intervención de un sujeto determinado, fijo en un lugar del espacio y en un instante del tiempo. Nosotros, naturalmente, vemos en su cuadro el reflejo de su individualidad y vemos, a la par, que él no la veía, que se ignoraba a sí mismo y se creía una pupila anónima abierta sobre el universo. Esta ignorancia de sí mismo es la fuente encantadora de la ingenuidad.

Mas la complacencia que el candor nos proporciona incluye y supone la desestima del candoroso. Se trata de un benévolo menosprecio. Gozamos del pintor primitivo como gozamos del alma infantil, precisamente porque nos sentimos superiores a ellos. Nuestra visión del mundo es mucho más amplia, más compleja, más llena de reservas, encrucijadas, escotillones. Al movernos en nuestro ámbito vital sentimos éste como algo ilimitado, indomable, peligroso y difícil. En cambio, al asomarnos al universo del niño o del pintor primitivo vemos que es un pequeño círculo, perfectamente concluso y dominable, con un repertorio reducido de objetos y peripecias. La vida imaginaria que llevamos durante el rato de esa contemplación nos parece un juego fácil que momentáneamente nos libera de nuestra grave y problemática existencia. La gracia del candor es, pues, la delectación del fuerte en la flaqueza del débil.

El atractivo que sobre nosotros tienen las filosofías preteritas es del mismo tipo. Su claro y sencillo esquematismo, su ingenua ilusión de haber descubierto toda la verdad, la seguridad con que se asientan en fórmulas que suponen inmovibles, nos dan la impresión de un orbe

Comentario

Este ejemplo que propone Ortega comparando a las filosofías anteriores a él (en concreto al racionalismo en la terminología de esta obra, que incluye desde Platón a Kant) con los pintores «primitivos» italianos pretende mostrar sencillamente cómo la filosofía ha pecado de ingenuidad al tratar de dar una visión absoluta de la realidad (ser «una pupila anónima abierta sobre el universo»), cuando, inevitablemente, la estaba contemplando desde su perspectiva («bajo el imperio de las ideas, valoraciones, sentimientos que le son privados»). Todas las filosofías consideraban, al creer haber descubierto la verdad, que las demás eran falsas. A todas les faltaba perspectiva y les sobraba ingenuidad.

Anotaciones

- 230 concluso, definido y definitivo, *donde ya no hay proble-*
mas, donde todo está ya resuelto. Nada más grato que pa-
 sear unas horas por mundos tan claros y tan mansos. Pero
 cuando tornamos a nosotros mismos y volvemos a sentir
 235 el universo con nuestra propia sensibilidad, vemos que el
 mundo definido por esas filosofías no era en verdad
 el mundo, sino el horizonte de sus autores. Lo que ellos in-
 terpretaban como límite del universo, tras el cual no había
 nada más, era sólo la línea curva con que su perspectiva
 cerraba su paisaje. Toda filosofía que quiera curarse de
 240 ese inveterado primitivismo, de esa pertinaz utopía, nece-
 sita corregir ese error, *evitando que lo que es blando y di-*
latable horizonte se anquilese en mundo.

Ahora bien: la reducción o conversión del mundo a ho-
 rizonte no resta lo más mínimo de realidad a aquél; sim-
 245 plemente lo refiere al sujeto viviente, cuyo mundo es, lo
 dota de una dimensión vital, lo localiza en la corriente de
 la vida, que va de pueblo en pueblo, de generación en ge-
 neración, de individuo en individuo, apoderándose de la
 realidad universal.

- 250 De esta manera, la peculiaridad de cada ser, su diferen-
 cia individual, lejos de estorbarle para captar la verdad, es
 precisamente el órgano por el cual puede ver la porción de
 realidad que le corresponde. De esta manera, aparece cada
 individuo, cada generación, cada época como un aparato
 255 de conocimiento insustituible. La verdad integral sólo se
 obtiene articulando lo que el prójimo ve con lo que yo veo,
 y así sucesivamente. *Cada individuo es un punto de vista*
esencial. Yuxtaponiendo las visiones parciales de todos se
 lograría tejer la verdad omnímoda y absoluta. Ahora bien:
 260 esta suma de las perspectivas individuales, este conoci-
 miento de lo que todos y cada uno han visto y saben, esta
 omnisciencia, esta verdadera «razón absoluta» es el subli-
 me oficio que atribuimos a Dios. Dios es también un punto
 de vista; pero no porque posea un mirador fuera del área
 265 humana que le haga ver directamente la realidad universal,
 como si fuera un viejo racionalista. Dios no es racionalista.
 Su punto de vista es el de cada uno de nosotros; *nuestra*
verdad parcial es también verdad para Dios. ¡De tal modo
 es verídica nuestra perspectiva y auténtica nuestra reall-
 270 dad! Sólo que Dios, como dice el catecismo, está en todas
 partes y por eso goza de todos los puntos de vista y en su
 ilimitada vitalidad recoge y armoniza todos nuestros hori-
 zontes. Dios es el símbolo del torrente vital, al través de cu-
 yas Infinitas retículas va pasando poco a poco el universo,
 275 que queda así impregnado de vida, consagrado, es decir,
 visto, amado, odiado, sufrido y gozado.

Anotaciones

Comentario

Los esquematismos, las abstracciones de la filosofía no dejan de ser creaciones utópicas de los filósofos que pretenden abarcar y cristalizar la totalidad de la realidad en visiones absolutas y universales (esto es lo que Ortega llama aquí «mundo»), que no son sino su propia perspectiva parcial, aunque verdadera, de la realidad. La filosofía debe superar ese carácter utópico e interpretar la realidad como perspectiva, referirla al sujeto viviente (al individuo, al pueblo, a la generación) que la percibe, o como dice Ortega, convertir el mundo en horizonte.

Comentario"

Concluyendo, Ortega reafirma que la verdad integral solo se capta desde la suma de perspectivas concretas y reitera la verdad insustituible, esencial de cada perspectiva individual (sea de un sujeto, de una época, de un pueblo, etc.). Solo integrando estos puntos de vista parciales podría lograrse una verdad absoluta. En este sentido ha de entenderse por qué Ortega habla de Dios no desde una orientación religiosa, sino como símbolo de la vida, del «torrente vital» en el que se van sucediendo la totalidad de las perspectivas diferentes de la realidad. Pero no existe un ser privilegiado, un punto de vista absoluto, un Dios, («Dios no es racionalista») que abarque toda la realidad y conozca la verdad completa, sino que esa verdad es la suma de las perspectivas individuales, todas ellas verdaderas.

280 Sostenía Malebranche que si nosotros conocemos alguna verdad es porque vemos las cosas en Dios, desde el punto de vista de Dios. Más verosímil me parece lo inverso: que Dios ve las cosas al través de los hombres, que los hombres son los órganos visuales de la divinidad.

285 *Por eso conviene no defraudar la sublime necesidad que de nosotros tiene, e hincándonos bien en el lugar que nos hallamos, con una profunda fidelidad a nuestro organismo, a lo que vitalmente somos, abrir bien los ojos sobre el contorno y aceptar la faena que nos propone el destino: el tema de nuestro tiempo.*

(Obras completas III, *Revista de Occidente*, Madrid, 1966)

Comentario

La referencia a Malebranche, que afirmaba que el saber consiste en conocer las ideas, modelos de las cosas, las cuales están en Dios, le sirve a Ortega para insistir en que la perspectiva de Dios no es sino las perspectivas de los hombres («los hombres son los órganos visuales de la divinidad») y que «el tema de nuestro tiempo» es recuperar ese carácter perspectivista de la realidad, «con una profunda fidelidad a nuestro organismo».

Anotaciones